

La hora del pánico

Saúl, el rey de Israel, es tan impulsivo que se vuelve imposible convivir con él. Vamos a seguir entonces observando lo que ocurre. El final del capítulo 13 habla un poco sobre la situación de Israel ante la potencia de los filisteos. Nota cuán interesante es esta observación que el versículo 19 trae cuando dice: “Resulta que en todo el territorio israelita no había herreros, porque los filisteos querían evitar que los hebreos hicieran espadas o lanzas.”

Toda la metalurgia era de los filisteos. Israel todavía estaba en la transición, saliendo de la edad del bronce. “Por esa razón todos los israelitas tenían que ir con los filisteos para afilar las rejas de sus arados, su azadón, su hacha o su hoz” El precio es un poco elevado. Dice que “por las rejas de arado y los azadones pagaban casi ocho gramos de plata, y tres gramos más por afilar las hachas o por componer las agujadas.” Esa era la situación en esa época, en la que se intensifica la confrontación y conflicto con los filisteos. Ante tal situación, veremos lo que pasará en la escena que aparece en el capítulo 14. Dice el texto en la Reina Valera Contemporánea: “Jonatán, el hijo de Saúl, le dijo al criado que le llevaba las armas: «Ven, vamos a pasar al otro lado, a la guarnición de los filisteos.» Pero de esto nada le dijo a su padre, que se encontraba bajo un granado en Migrón, en el extremo de Gabaa, acompañado de unos seiscientos hombres. “El efod lo llevaba Ajías hijo de Ajitob, que era hermano de Icabod hijo de Finés, el hijo de Elí, sacerdote del Señor en Silo. Nadie en el pueblo sabía que Jonatán se había ido. Jonatán procuraba llegar a la guarnición de los filisteos pasando entre los desfiladeros, pero en ambos lados había dos peñascos agudos, conocidos como Boses y Sene; uno de ellos estaba situado al norte, hacia Micmas, y el otro al sur, hacia Gabaa. Entonces Jonatán le dijo a su escudero: «Ven, vamos a pasar a la guarnición de estos incircuncisos, y espero que el Señor nos ayude. Para él no es difícil vencer al enemigo con muchos hombres o con pocos.».

Y él dice lo siguiente: “Su escudero le respondió: «Haz todo lo que tienes pensado hacer. Adelante, que estoy contigo y te apoyo en todo.» Y Jonatán le dijo: «Acerquémonos, para que nos vean esos hombres. Si al vernos nos dicen que los esperemos aquí, entonces nos quedaremos y no subiremos. Pero si nos dicen que vayamos a donde ellos están, vayamos; ésa será la señal de que el Señor los ha entregado en nuestras manos.» Salieron entonces de su escondite, para que los vieran los filisteos que estaban en la guarnición; y éstos, al verlos, dijeron: «Miren, ¡los hebreos ya están saliendo de las cuevas donde estaban escondidos!» Y desde la guarnición les gritaron: «Vengan acá, con nosotros. Queremos decirles una cosa.» Entonces Jonatán le dijo a su escudero: «Ven, sígueme, que el Señor los ha puesto en manos de Israel.» Y subió Jonatán, trepando con manos y pies, y seguido por su escudero, y empezó a luchar contra los filisteos; a los que caían delante de él, su escudero los remataba. En esa primera lucha mataron como a veinte hombres, en un espacio reducido.”

Entonces empezamos a ver aquí en este escenario algunas cosas que merecen una atención especial. En primer lugar, observaremos que la batalla contra los filisteos

permanece y que Saúl, ese rey impulsivo, sin mucha dirección, ya aparece aquí como alguien que tiene cierta ruptura con su propio hijo. El hijo de Saúl, Jonatán, decide acercarse peligrosamente al ejército de los filisteos en una especie de iniciativa particular sin que su padre lo supiera.

Eso es muy interesante, y el texto bíblico sigue adelante: “Entonces el pánico se apoderó de todo el campamento, en el campo y en toda la guarnición; y cuando lo supieron los espías, también se llenaron de miedo; y el pánico aumentó porque hubo un temblor de tierra. Desde Gabaa de Benjamín los centinelas de Saúl vieron cómo la multitud de filisteos corría desconcertada de un lado para otro, en completo desorden. Entonces Saúl dijo a los que estaban con él: «Pasen revista. Veamos quién de los nuestros se fue.»”

Así que, “Al pasar revista, se dieron cuenta de que faltaban Jonatán y su escudero. Entonces Saúl le dijo a Ajías: «Trae el arca de Dios.» En ese entonces el arca de Dios estaba con el pueblo de Israel. Y mientras Saúl hablaba con el sacerdote, el desorden que había en el campamento de los filisteos iba en aumento. Entonces Saúl le dijo al sacerdote: «Espera, no la traigas.»” Esa frase, «Espera, no la traigas.» en hebreo significa literalmente: ‘retira tu mano’.

¿No es interesante que Saúl ya había perdido el reinado por su actitud impulsiva e irresponsable y continúa con la idea de seguir la guerra? No solo eso, también pensó en traer el arca con la finalidad de buscar la protección de Dios. Y cuando la estampida y el tumulto se adueñan de la situación, en ese mismo momento Saúl dice: ‘déjalo, da igual; no hace falta traer el arca’. “En seguida Saúl reunió a su ejército, y todos juntos se lanzaron a la batalla.” Es decir: no importa tanto; trae el arca, deja el arca. Haz lo que quieras con ella. Da igual. Y entonces encontraron a los filisteos, que fueron en realidad conmovidos por el propio Señor, hiriéndose los unos a los otros en un desorden total. La cosa entonces se queda bastante tranquila en este nuevo escenario. “Los israelitas que estaban escondidos en los montes de Efraín: cuando supieron que los filisteos huían, también bajaron a perseguirlos. La batalla llegó hasta Bet Avén, y así salvó el Señor al pueblo de Israel.” Dios dio la victoria a Israel, aunque Israel no tuviera posibilidades de obtenerla con sus propias fuerzas.

Los israelitas se vieron en aprietos, tenían mucha hambre. Imagínate el escenario, estaban luchando, muy cansados y exhaustos después de tanta lucha y batalla. Saúl, su líder, había impuesto un juramento al ejército. Él dijo: “que no comerían en todo el día, hasta que se hubieran vengado de sus enemigos. Cualquiera que desobedeciera quedaría bajo maldición.” Así que nadie había comido nada.

Pero, “En cierto momento, el ejército israelita llegó a un bosque en el que había tanta miel que parecía brotar del suelo.” Aquella miel que corría, bonita, brillante, deliciosa; pero todo el mundo estaba allí muriendo de hambre sin poder tocarla. Tenían miedo a la maldición. “...Como Jonatán no había oído a su padre poner bajo juramento al pueblo, alargó la punta de una vara que traía en la mano, la remojó en un panal de miel, y se la llevó a la boca, con lo que recobró el ánimo. Literalmente sus ojos brillaron. Entonces él fue avisado: ‘mira, tu padre determinó que nadie podría comer.

Hubo un juramento. Él dijo: “Maldito sea todo el que hoy tome alimento.” Por eso el pueblo desfallece de hambre.»

Vemos que Saúl, que no sabe lidiar con lo sagrado, que no tiene una buena relación con su hijo, que vence una batalla por el pánico que Dios les dio a los filisteos, lo vemos ahora metiendo a todo el pueblo en una condición de pánico por su pésima decisión. “Pero Jonatán le respondió ... «Mi padre ha causado un gran daño al pueblo. ¡Mírenme! Sólo probé un poco de miel, ¡y ya me reanimé! ¿Qué habría pasado si el pueblo hubiera tenido libertad de comer del botín arrebatado al enemigo? ¡El estrago entre los filisteos hubiera sido mayor!»”

Así que el propio hijo se pone en contra de la actitud del padre y vemos aquí un problema por la actitud extrema, desequilibrada e impulsiva del rey Saúl. Entonces la victoria se establece y ellos lo celebran. “Como los soldados estaban exhaustos,” dice el versículo 32, que el pueblo “se lanzó sobre el botín, y tomaron ovejas, vacas y becerros, y los degollaron, y los comieron con sangre y todo.”

Pero, entonces Saúl fue avisado, se enfadó y dijo: “¡Todos ustedes son unos pecadores! Rueden esa piedra grande, y pónganla aquí.» Luego les dijo: «Sepárense y mézclense entre el pueblo, y díganles que cada uno me traiga sus vacas o sus ovejas, para que las degüellen y puedan comer carne sin sangre, y así no ofendan al Señor.»” Se volvió un gran lío por falta de dirección, por la actitud radical y la falta de orientación para el propio pueblo.

Esa misma noche todos los israelitas llevaron personalmente sus vacas, y las degollaron allí. Saúl, por su parte, construyó allí su primer altar al Señor, y dijo: «Esta misma noche, y hasta el amanecer, vamos a atacar a los filisteos. Les quitaremos todo lo que tienen, y no dejaremos con vida a ninguno de ellos.» Entonces “Sus hombres le dijeron: «Haz todo lo que te parezca mejor.» El sacerdote les dijo: «Antes consultemos a Dios.» Entonces Saúl consultó al Señor: «¿Debo perseguir a los filisteos? ¿Le darás la victoria a tu pueblo Israel?»

Y lo que ocurrió fue que “El Señor no le dijo nada ese día, así que Saúl llamó a los jefes del pueblo y les preguntó: «Díganme quién ha pecado hoy, y cuál ha sido su maldad; porque juro por el Señor, el salvador de su pueblo Israel, que el culpable morirá, aun si el culpable es mi hijo Jonatán.» Y como todo su ejército permaneció callado, Saúl ordenó: «Ustedes quédense de un lado, y mi hijo Jonatán y yo nos pondremos del otro lado.»

Entonces ellos una vez más respondieron: «Haz lo que te parezca mejor.» Luego le rogó Saúl al Señor, Dios de Israel, que le diera una respuesta clara. Porque él quería saber con exactitud quién había desobedecido a su juramento. Él sabía que había ocurrido un pecado en medio del pueblo y ninguno le informó nada, nadie le avisó, nadie delató a Jonatán, mostrando la fragilidad del liderazgo de Saúl.

Entonces echaron suertes y la suerte cayó sobre Jonatán, así que Saúl habla directamente con su hijo y le reclama que diga la verdad. “Y Jonatán le dijo: «Es verdad que comí un poco de miel, la cual tomé con la punta de la vara que traía en

la mano. ¿Y por eso tengo que morir?» Y Saúl, de manera impulsiva, exclama: ¡«Que Dios me añada mayor castigo, si no cumplo mi promesa. Hijo mío, ¡tienes que morir!»!». Fíjate qué palabra fuerte. ¡Qué situación tan tensa! ¡El padre decidiendo la muerte de su hijo a pesar de su equivocación!

Pero los soldados salen a defender a Jonatán y dicen: “¡«¿Tiene que morir tu hijo Jonatán, cuando ha sido él quien salvó al pueblo de Israel? ¡De ninguna manera! Juramos por el Señor que ni uno solo de sus cabellos caerá a tierra. Lo que él hizo hoy, lo hizo de acuerdo al plan de Dios.»” Así que los hombres salen a defender a Jonatán y él no muere. La palabra de Saúl quedó por los suelos. Lo que él dijo no tiene ningún valor. Y este episodio de la lucha de Saúl contra los filisteos termina y el texto bíblico del capítulo 14 termina diciendo que “Mientras Saúl fue rey, la guerra contra los filisteos fue encarnizada.” Por lo tanto, mi querido amigo, es bueno que no entres en pánico.

Pero la verdad es que Dios, a través de un terremoto y por el pánico que les había hecho sentir, dispersó y venció a los filisteos a favor de Israel. Y es que el liderazgo de Saúl traía inseguridad. Él era un líder impulsivo, no sabía lidiar con su propia familia, no tenía una actitud correcta, era extremista y radical en determinados momentos y de hecho causó gran pánico y temor en el propio pueblo de Israel. Pues bien, las lecciones de ese liderazgo inadecuado ciertamente deben permanecer en nuestra mente para nuestro propio beneficio.